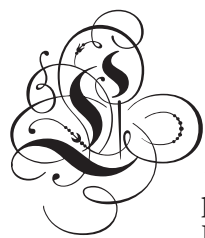


El cristianismo como rebeldía:

*testimonio de una
mirada secularizada*

Jesús Iván Mora Muro



Las siguientes páginas dan cuenta de mi muy particular percepción del cristianismo y de Jesús como primer artífice de dichas ideas y creencias. El primer acercamiento que tuve con la figura de Jesús, la Biblia y demás dogmas de la Iglesia católica fue a través de mi familia materna: mi abuela era sumamente supersticiosa, creyente en los santos y el poder del agua bendita para alejar el mal que nos acechaba a mis hermanos y a mí por las noches y que evitaba que conciliáramos el sueño. Más allá de ser una familia cercana a la Iglesia, bajo la guía de la abuela la magia era algo que se mencionaba todos los días y que se practicaba en la búsqueda de ayuda sobrenatural, en los más variados casos: la pérdida de un objeto, evitar una catástrofe natural o alejar el peligro que representaba un enemigo en nuestras vidas.

Al mismo tiempo, mi madre dejaba entrar a la casa a todo aquel que estuviera dispuesto a hablar de la “palabra de Dios”: Testigos de Jehová, mormones y demás miembros de las diversas iglesias llamadas genéricamente como protestantes. Es importante destacar que en la fronteriza Ciudad Juárez, en donde viví mis primeros años de vida en la década de los ochenta, era común esta cercanía con diversos cristianismos. Evidentemente, la influencia de los Estados Unidos había ido conformando un espíritu religioso de cierta autonomía con respecto al catolicismo dominante en México. En general, estos visitantes nos enseñaban algunos versículos de la Biblia que abordaban comúnmente como tema central la vida eterna y la manera de alcanzarla siguiendo las enseñanzas del libro sagrado.

Con el pasar del tiempo esta primera semilla religiosa, no del todo dogmática y en la que convivían la magia y el cristianismo de diversas denominaciones, propició que durante mi adolescencia me interesase por leer el Nuevo Testamento. Desde el inicio, mis lecturas de los cuatro evangelios se realizaron libremente, sin la guía de algún familiar, sacerdote o pastor, y con el entusiasmo de descubrir cada día nueva información. Las parábolas descritas por esas páginas, supuestamente transmitidas por Jesús a sus apóstoles, despertaron en mí una profunda admiración. Eran enseñanzas sumamente poderosas, pero no porque hablasen de un mundo extraterrestre, fuera de las circunstancias sociales que las sostenían, sino porque mostraban las amplias posibilidades de la humanidad, la capacidad de cambio que era inherente a la especie.

Indudablemente, esta percepción que tengo de aquellos años está mediada por mi “yo” actual. La historia como disciplina ha forjado durante veinte años mi entendimiento del mundo y de las cosas. Sin embargo, haciendo el esfuerzo de ponerme en los zapatos de ese adolescente que se acercaba por cuenta propia a dicha lectura, reconozco todavía esa sensación de asombro que he descrito. Un Jesús revolucionario se mostraba ante mis ojos.

Durante el mismo periodo, mis lecturas se fueron multiplicando: Gibran Jalil Gibrán y Nietzsche complementaron esa visión del cristianismo, el primero desde una interpretación heterodoxa, más cercana a un humanismo espiritual, mientras que el segundo negador de toda moral impuesta y defensor del superhombre como meta suprema. La novela

Crimen y castigo fue, sin duda, también otra puerta que me llevó a repensar las posibilidades de transgredir la moral católica dominante. Raskólnikov era un rebelde que desafiaba la moral imperante, así como Iván Karamazov, siguiendo la reciente interpretación de David Toscana, fue creado por Dostoievsky como un “Lucifer de carne y hueso”, como un cuestionador incisivo de Dios. Desde entonces no he abandonado el interés por la imagen de Jesús en diversas manifestaciones: la literatura, el cine y los estudios propios de las ciencias sociales y las humanidades, pero siempre con la mediación de la rebeldía como lente interpretativo. Una película que hasta la fecha sigue siendo de mis favoritas es *Last Temptation of Christ* (Dir. Martin Scorsese, 1988), basada en el libro publicado originalmente en 1953 del escritor griego Nikos Kazantzakis. La lucha constante entre el espíritu y la carne, como lo deja de manifiesto tanto el libro como el *film*, y en mi opinión la idea muy extendida durante todo el siglo XX y lo que va del XXI de que una de las metas del hombre (como especie) es vencer al ego, como un yo ilusorio que oculta al verdadero ser.

Más allá del deseo carnal que manifiesta Cristo por María Magdalena y que finalmente posibilita que engendre hijos con ella (representación que fue la más criticada por la Iglesia católica durante la *premier* de la película), me ha interesado desde siempre cómo la duda es un motor constante de la humanidad y que la perseverancia para sobrellevar los obstáculos es una exigencia. El miedo a la muerte, sin lugar a dudas, también está detrás como una obsesión: “aparta este cáliz de mí señor”, implora Jesús en el jardín de Getsemaní antes de ser apresado por los soldados romanos guiados por “el traidor” Judas Iscariote (también figura emblemática en la obra escrita por Kazantzakis). De esta manera, la escena final de *La última tentación de Cristo* muestra a un Jesús crucificado, cumpliendo su designio, logrando su cometido: que conozcamos su nombre después de más de dos milenios.

Por otro lado, la historia, como ya lo mencioné, me ha permitido indagar los discursos y prácticas de algunos intelectuales mexicanos del siglo XX, que desde el catolicismo han defendido su idea de nación. Más que lo religioso, me ha interesado el pensamiento filosófico y político de estos actores.

Como se ha dicho comúnmente, los hombres y las mujeres se parecen más a su época que a sus padres. En mi opinión, el proceso secularizador que se inaugura con la modernidad ha permeado y permitido la mirada personal que tengo sobre Jesús y el cristianismo. La separación de los ámbitos terrenal y espiritual, de lo público y lo privado, es una característica fundamental de nuestras sociedades actuales. La mirada plural, negadora de dogmatismos, es otro de los fundamentos de nuestro mundo occidentalizado. Para algunos un mundo postmoderno (Lyotard), para otros postmetafísico (Habermas), en el que los pensamientos esencialistas y los metarrelatos son puestos en entredicho o negados tajantemente. Efectivamente, es muy difícil hoy en día sostener que sólo existe un camino válido para llegar a la Verdad (con mayúscula) o al cielo prometido. Por lo menos para mí, es imposible sostener que el cristianismo es el único medio de salvación tanto terrenal como espiritual. Sin embargo, y a pesar de todo ello, sigue emocionándome la lectura de las hazañas y dichos de aquel nazareno que desafió el orden establecido. Esa es, quizá, la única certeza que tengo al respecto.

